

January 1988

Los valores del campesino en los personajes de Eduardo Caballero Calderón

Luz Marnian Cediél León

Universidad de La Salle, Bogotá, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Cediél León, L. M. (1988). Los valores del campesino en los personajes de Eduardo Caballero Calderón. *Revista de la Universidad de La Salle*, (16), 267-270.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Los valores del campesino en los personajes de Eduardo Caballero Calderón

Por LUZ MARINAN CEDIEL LEON*

El campesino descrito en las obras de Luis Eduardo Caballero Calderón es un hombre de profundo arraigo terrenal; apegado a sus costumbres, como a su terruño, golpeado por las circunstancias de tiempo y espacio; incorporado a un sistema sociocultural que lo deforma, lo reprime y hasta lo anula.

En ese contexto cabe hacer una pregunta: ¿Cuáles son sus valores? ¿Cómo los vive? En realidad los lleva impregnados como una segunda piel; los ha practicado dentro de la deformidad propia de su condición, año tras año, sin ser consciente de ellos. Son la amistad, el amor, la fidelidad, la humildad y la valentía.

Los campesinos viven apegados a su tierra. Sí; pero a una tierra que no les pertenece. Son seres atemporales que viven a la espera de que su Dios los llame; viven al fiado porque todo lo deben: el rancho, sus hijos, la esperanza y hasta el vivir mismo. Cuando leemos las obras de Caballero Calderón podemos asomarnos como a una ventana imaginaria a través de la cual observamos sus protagonistas, los campesinos boyacenses: Siervo, Manuel Pacho, Marcos, El Fratricida, Martín, Santos... El autor nos los presenta tal como son, tal como piensan, sienten, aman, hablan y odian.

Después de conocerlos, a través de las páginas de Caballero Calderón, se puede decir que ellos y sus valores constituyen un solo ser. No hay en ellos utilitarismo ni pragmatismo, sino valores vitales, esenciales.

* Filósofa Universidad de La Salle. Ensayo elaborado con base en el trabajo de grado de la autora sobre "El feísmo en la literatura de Eduardo Caballero Calderón, Bogotá, Universidad de La Salle, 1987.

Su **amistad** es sencilla y cristalina como la caída del agua en la peña; clara y profunda como los atardeceres en el cañón del Chicamocha, y dura, como los peñascos de los apriscos en donde está enclavado el rancho de Siervo.

“Había una doble fila de tipacoques silenciosos —dice en el diario de Tipacoque— que estirando por turno la mano torpe, áspera, tiesa, que no estruja para no presumir de falsos sentimientos. Siervo Joya tuvo todavía tiempo de entregarme un pañuelo solferino con cuatro huevos, por si acaso me asaltaba la tiritadera en el páramo” (1).

El **amor** es entrega en totalidad, como cuando se está en el mercado sin regatear; es total en su dimensión vital y temporal; diáfano como los días de verano cuando el sol cuelga coquetamente y calienta con saña; es puro, como el corazón mismo de estos hombres que lo viven, pero también es trágico, cuando es entorpecido por algo o por alguien.

Martín y el Fratricida son seres anodinos, juguetes del destino, con corazones duros como los terrenos que han de destripar con sus azadones. Aman a sus Margaritas; en Martín el amor es silvestre, puro, telúrico, casi elevado al nivel de adoración:

“Y al llegar ante la puerta de la alcoba donde se había encerrado con doble llave, aunque sintiera una tensión insostenible, y aquello, hinchado y palpitante ya no le cupiera en la ropa, si hubiera podido entrar no la habría tocado ni con la yema del meñique. Se habría arrodillado al pie de la cama donde ella estaría acostada. La imaginaba vestida, pues ni siquiera ahora podía suponerla desnuda” (2).

El Fratricida, por el contrario, empequeñecido y humillado por su abuelo, ama a su prima Margarita con un deseo incontrolable; su amor es acción y entrega, es un amor peligroso, trágico. La única ilusión que tiene parece escapar en brazos de su rival, que es su propio hermano:

“Yo no podía resignarme a considerar a Margarita como si los dos fuéramos espíritus puros. Necesitaba verla, palparla, saborearla, morderla, gustar el sabor de su piel, fundirme con ella, volcarme en sus entrañas como un torrente de lava en una pompeya que no podría resistirlo” (3).

Los dos conocen el amor, lo practican, a pesar de que lo que reciben es el desdén y el fantasma de alguien que ronda el corazón de sus Margaritas. Por ello mismo se matan entre hermanos. ¿Y los valores? Precisamente, ¿qué otra cosa cabe hacer ante la perspectiva de perder lo único valioso de sus anodinas y humilladas vidas?

La **fidelidad** campesina se puede concebir como un “pertenecer a”, practicado por estos hombres con respecto a su patrón y al calor de su partido político. Como ramas pesadas de árboles centenarios, les cuesta la vida desprenderse de ella. Con su cerviz pegada al suelo, nunca reciben ni piden nada a cambio. La única recompensa es que su “ñor” les regale una sonrisa o un apretón de manos.

“No hablaba para Siervo sino para don Ramírez, pero éste no le escuchaba. Durante la lectura de la póliza, Siervo y Tránsito se quitaron el sombrero y después de la firma se echaron la bendición y les dieron las gracias a don Ramírez y a don Roso” (4).

Son fieles seguidores de la política, deformadora e inhumana. Nacen ya con el color de partido sobre la piel y toda la vida esperan que ese color les prodige una satisfacción; pero ven pasar raudamente los gobiernos rojos y azules, como aves emigrantes, mientras sus ranchos permanecen en las entrañas del cañón del Chicamocha, sus hijos “echan barriga” invadidos por las lombrices, las matas de maíz quedan convertidas en puros “chusques” y las escurrajas esquivas como campesinas pitonas y coloradas.

“Uno tiene sus ideas desde niño, desde que tiene conciencia y nada hay mas feo en el mundo que los volteados... Yo quisiera saber qué le dieron los liberales, mano Siervo, fuera de tres añitos de cárcel” (5).

La **humildad** es un concepto religioso que los hace más serviles y apegados al precepto de la obediencia; sumisos ante sus patrones porque saben que “el cielo será de los humildes”. Aceptan con estocismo las desgracias: incendios, muerte de los seres queridos, cosechas arruinadas, porque la vida en el paraíso exige soportar todo en esta vida con paciencia y aceptar lo que llegue sin rebelarse contra nada:

“Si Dios quiere... Si quiera... Dios sabe lo que habría sido el angelito. Pídale que nos conceda la tierrita... Ay Virgencita linda; exclamó Tránsito. Te llevaste al Olaya y ya no quiero pedirte más. Con eso y con que me des la muerte, para un solo viaje es bastante” (6).

La **valentía**, en el medio campesino de Caballero Calderón, no es la de héroes acartonados gestores de grandes hazañas. No. El campesino tiene como gran osadía el poder labrar tierras agrestes, duras e infértiles; o el vivir cotidianamente en un rancho que mira hacia el abismo; comprar una tierra que solo se pagará con la misma muerte; o trabajar para entidades abstractas como La Hacienda, o la Caja de Crédito.

Caballero Calderón le da a Manuel Pacho una oportunidad de ser héroe. Llanero de pura cepa, pequeño, sencillo, feo, este personaje no conoce el miedo. Tuvo que enfrentarse al espectáculo de la muerte de sus padres y de su rancho arrasado. En fracción de segundos resolvió llevarse a sus espaldas el cadáver de su padre, mutilado putrefacto, a través de todo el llano abrasador, para darle digna sepultura. Así, sencillamente, sin reconocimiento por parte de nadie, cargó con valentía el cuerpo en descomposición de su viejo hasta Orocué, y allí lo enterró:

“Tenía el rostro barbado y descolorido, manchado de sangre que le escurría de la frente. Chorreaba agua de lluvia, sudor propio y sanguaza de cadáver por todas partes. Le zumbaban los oídos y un enjambre de zancudos giraban en torno a sus orejas. Cuatro soldados con las armas en la mano, desafiando aquel terrible hedor que les revolvió las tripas, le intimidaron desde una distancia prudencial, donde olía menos” (7).

En Caballero Calderón, los valores de los trabajadores del campo son tan vivos como ellos: esenciales, consustanciales con ellos y reales. En el campesino los valores cabalgan con él, trabajan la tierra con él, se endeudan con él, viven al fiado con él y esperan con él tranquilamente, arriba de algún peñasco, balanceando sus cortas piernas, a que llegue la muerte, con su rastrillo, para que los lleve a los dos: valores y campesino.

REFERENCIAS

1. Eduardo Caballero Calderón **Diario de Tipacoque**, p. 167.
2. *Ibid.*, **Caín**, p. 122.
3. *Ibid.*, **La historia de dos hermanos**, p. 134.
4. *Ibid.*, **Siervo sin tierra**, p. 181.
5. *Ibid.*, **Siervo sin tierra**, p. 156.
6. *Ibid.*, **Siervo sin tierra**, pp. 75, 76.
7. *Ibid.*, **Manuel Pacho**, p. 115.